



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

Realismo vs. Internacionalismo liberal en la política exterior de Estados Unidos

Estudiante: Gonzalo Núñez Testor

Director: Prof. Emilio Sáenz-Francés

Madrid, junio de 2020

*Para mis padres y mis hermanos, sin
los que no estaría donde estoy hoy.
Para mi director, por todo su apoyo.*

RESUMEN

El presente trabajo analiza la incidencia del realismo y del internacionalismo liberal en la política exterior de los tres presidentes más recientes de Estados Unidos, siendo éstos George Bush, Barack Obama y Donald Trump.

En primer lugar, se contextualiza la temática en cuestión, se estudian conceptos clave para la comprensión del texto, como los de política exterior y diplomacia, y se sintetizan los paradigmas teóricos. Una vez asentadas estas nociones básicas, se procede a estudiar las tres presidencias.

Se analizan medidas concretas de política exterior emprendidas durante los años de mandato de cada presidente y se intenta clasificar a cada uno de los líderes políticos dentro de una de las teorías de las relaciones internacionales.

Por último, se contrastan las presidencias y se reflexiona sobre la idoneidad de los paradigmas para explicar el comportamiento de EE. UU. en el panorama internacional.

Palabras clave: Política exterior, Estados Unidos, realismo, liberalismo, internacionalismo liberal, George Bush, Barack Obama, Donald Trump.

ABSTRACT

This thesis analyzes the effects that realism and liberal internationalism have in the foreign policy of the three most recent presidents of the United States, these being George Bush, Barack Obama and Donald Trump.

First, the subject matter is contextualized. At this stage, key concepts, such as foreign policy and diplomacy are defined, and the theoretical paradigms are synthesized. Once these are established, we proceed to study the three presidencies.

Concrete measures of foreign policy undertaken during the years of each president's mandate are analyzed, and an attempt is made to classify each of the political leaders within the theories of international relations.

Finally, the paper contrasts the presidencies and addresses the suitability of the paradigms to explain U.S. behavior on the international scene.

Keywords: Foreign policy, United States, realism, liberal internationalism, George Bush, Barack Obama, Donald Trump.

Tabla de contenido

1. INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS DEL TRABAJO	5
1.1 PROPÓSITO Y CONTEXTUALIZACIÓN DEL TEMA	5
1.2 MOTIVACIÓN PERSONAL	8
1.3 OBJETIVOS.....	8
2. METODOLOGÍA	9
3. ESTADO DE LA CUESTIÓN Y MARCO TEÓRICO	10
3.1 ESTADO DE LA CUESTIÓN	10
3.2 MARCO TEÓRICO.....	12
4. ANÁLISIS DE CASOS: 20 AÑOS DE POLÍTICA EXTERIOR	
ESTADOUNIDENSE.....	17
GEORGE W. BUSH.....	18
BARACK OBAMA	23
DONALD TRUMP	29
5. REFLEXIONES FINALES.....	33
6. CONCLUSIONES.....	37
BIBLIOGRAFÍA.....	39

1. INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS DEL TRABAJO

1.1 Propósito y Contextualización del tema

Cualquier estudiante de relaciones internacionales ha tenido que abordar sus fundamentos básicos, que son las teorías detrás de su estudio. El **realismo** y el **internacionalismo liberal** son quizá los paradigmas más comúnmente empleados. La **influencia de estos construcciones intelectuales** se extiende mucho más allá de las aulas universitarias; los gobiernos y sus responsables políticos invocan elementos de estas teorías al articular soluciones a los dilemas de seguridad global. Este trabajo pretende resumirlas brevemente para luego analizar cómo se reflejan **en la política exterior de las tres presidencias más recientes de EE. UU.**

La política exterior es vital para la defensa de los intereses de Estados Unidos (Priego, 2015), pero también es una materia ambigua, por el complejo reparto de poderes, en el que el presidente ha terminado por asumir un papel principal que no le es otorgado tan claramente por la Constitución (Montalvo, 2015). Lo bien que cumpla el presidente el papel de liderazgo en política exterior dependerá no solo de su experiencia y de sus conocimientos, sino también de sus características como individuo y sus sistemas de creencias. Al mismo tiempo, los presidentes confiarán en sus asesores de política exterior, que también dependen de estos factores.

En la vida real, muy pocas personas podrían ser consideradas puramente realistas o únicamente internacionalistas liberales. No es una cuestión de blanco o negro, sino que existen muchas escalas de gris. Esto se hace muy evidente si observamos las presidencias estadounidenses más recientes, donde las medidas realistas e internacionalistas liberales se entrelazan. También es importante señalar que una misma acción puede ser considerada realista o internacionalista liberal según el enfoque desde el que sea analizada.

La política exterior estadounidense ha estado condicionada por una combinación de factores geopolíticos, tradiciones históricas e ideológicas, intereses permanentes relacionados con distintas regiones del mundo, y fuerzas domésticas de tipo económico, político y electoral (Coll, 2015). Durante la Guerra Fría, los presidentes estadounidenses operaron dentro de un marco acentuadamente realista. La principal preocupación durante este período fue la contención de la Unión Soviética. Incluso los presidentes más alejados del realismo, como John F. Kennedy y Jimmy Carter, a pesar de sus esperanzas y de sus

discursos liberales, terminaron por anteponer el poder y la seguridad a los principios y a la moralidad. Kennedy proclamó una guerra contra la expansión del comunismo y aumentó el apoyo militar a la guerra de Vietnam, provocando una escalada del conflicto y un golpe militar contra el presidente de la República de Vietnam Ngo Dinh Diem. Carter abordó la propagación del marxismo en Afganistán y El Salvador y anunció que Estados Unidos no permitiría que la Unión Soviética extendiera su esfera de influencia en Oriente Medio, una estrategia que pasaría a ser denominada Doctrina Carter. Ambos presidentes tuvieron que relegar su agenda liberal para combatir la preocupación por el equilibrio de poder político.

Las tendencias y los sucesos acontecidos durante la década de 1990, como la mayor democratización e institucionalización, así como la globalización acelerada, llevaron a la administración de Bill Clinton a ampliar sus prioridades para incluir el mantenimiento de la paz, los acuerdos de libre comercio, la protección del medio ambiente, el desarrollo de los países en vías de desarrollo y los derechos de las mujeres. Un miembro relevante de la plantilla de Clinton en materia de seguridad nacional fue Richard Clarke, quien ya sirviera bajo el mando de presidentes como Ronald Reagan y George H. W. Bush, encargado de dicha expansión de la agenda internacional. Durante la presidencia de Clinton, Clarke fue el responsable de integrar la lucha contra el terrorismo y la protección de la infraestructura entre las prioridades políticas. Rodeándose de asesores de política exterior adscritos al liberalismo, Clinton aclimató al país a un nuevo paradigma que se movió más allá de las preocupaciones tradicionales de equilibrio de poder y control de armamentos, la tónica general en tiempos de Guerra Fría (Klarevas, 2004).

En cuanto a George W. Bush, a pesar del realismo que le había caracterizado desde antes de los atentados del 11-S, es fundamental entender su política exterior en el contexto de la guerra contra el terror. No cabe duda de que el ataque contra los tres centros neurálgicos de poder norteamericano (económico, militar y político) cambió el pensamiento estratégico de Occidente (Sánchez, 2015). Durante los años en los que estuvo al mando del poder ejecutivo, la política exterior estadounidense exhibió un marcado unilateralismo e intervencionismo en el que el poder militar se utilizó para promover los intereses estadounidenses y su hegemonía política global (Kellner, 2004). En tal escenario, los actores no estatales fueron relegados a un segundo plano, el derecho internacional y los derechos humanos se consideraron prescindibles, y la política mundial volvió a ser concebida como una guerra entre Estados (Klarevas, 2004).

Sin embargo, Bush también emprendió numerosas medidas liberales en su política exterior, que se apoyaron en la convicción de que la comunidad internacional podía mejorar el mundo y promover la justicia a través de la cooperación, especialmente a través de las organizaciones internacionales. Hablamos, por supuesto, de afrontar problemas globales a través de medios multilaterales.

En el caso del presidente Barack Obama, el contexto de la crisis económica y financiera de 2008, y las guerras inacabadas de Irak y Afganistán podrían ayudar a explicar la política exterior durante su administración (Ayala, 2015). Se estimó que la elección de Obama como presidente de EE. UU. significaría una transición hacia el multilateralismo y el internacionalismo liberal. Al contrario que su predecesor, Obama utilizaría el “poder blando” para impulsar el poder estadounidense, en lugar de la coacción y el poder militar. Sin embargo, los esfuerzos de Obama por cambiar la imagen de EE. UU. se vieron limitados por su incapacidad para modificar ciertas políticas dentro de sus fronteras. Aunque gozó de una mayor popularidad que Bush, el modelo político y económico estadounidense no sirvió como ejemplo para el resto de los países, lo cual debilitó la credibilidad del presidente (Beinart, 2010).

La crisis económica de 2008 y las guerras heredadas en Irak y Afganistán condicionaron la política exterior durante esta administración y Obama no fue capaz de adoptar la visión estratégica liberal que le había caracterizado durante la campaña electoral. Esta brecha entre el discurso del presidente y las decisiones tomadas por su administración es prueba de la complejidad del proceso de toma de decisiones en política exterior, que involucra a un elevado número de actores y requiere de la coordinación y la interacción entre la política doméstica y la política exterior (Guerlain, 2014).

Por último, la llegada de Donald Trump a la presidencia en 2017 supuso la ruptura con una serie de principios fundamentales que habían caracterizado la proyección internacional norteamericana desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, como el libre comercio, la seguridad colectiva o incluso algunas alianzas tradicionales. Su argumento central es que EE. UU. se encuentra en declive y viene siendo engañado sistemáticamente por sus aliados y enemigos. Su objetivo pasa por restaurar esa “grandeza perdida” mirando más hacia dentro que hacia fuera (Rodríguez, 2016). Esto se traduce, entre otras medidas, en un aumento del gasto militar y de seguridad (Peng, 2019), en un abandono de organizaciones internacionales, en una imposición de sanciones económicas, y en un liderazgo coercitivo en el que las amenazas son un recurso empleado con frecuencia.

1.2 Motivación Personal

Partiendo de mi inquietud por entender las tendencias del mapa político actual, la razón principal que me inclinó a realizar mi Trabajo de Fin de Grado sobre el presente tema se basó en mi interés por profundizar en la historia reciente de las relaciones internacionales.

Soy plenamente consciente de que la historia no consiste únicamente en describir los hechos del pasado, sino fundamentalmente en investigar y averiguar por qué sucedieron, es decir, las causas que los provocaron. Y junto con las causas, también son importantes las consecuencias, es decir, los efectos provocados por unos hechos determinados. También es fundamental extraer aprendizajes y conclusiones de la historia, aunque no pretendo detenerme en exceso en esta cuestión.

Decidí centrar mi trabajo en Estados Unidos por su papel hegemónico en la comunidad internacional y por mi cercanía con dicho país, al haber vivido más de medio año en su capital, Washington DC. También deseaba poner en práctica lo aprendido durante estos años en la universidad y aplicar algunos de los conceptos estudiados y trabajados. Por último, quería analizar la importancia de los paradigmas teóricos realista y liberal para entender la política exterior estadounidense, y así comprobar si este modelo clásico sigue siendo el idóneo para explicar el comportamiento de los principales actores internacionales en el siglo XXI.

1.3 Objetivos

El objetivo general del presente trabajo de investigación es **analizar la incidencia del realismo y del internacionalismo liberal en la política exterior de los últimos tres presidentes estadounidenses.**

Para alcanzarlo, se plantean los siguientes objetivos secundarios:

- Estudiar ambos paradigmas desde un punto de vista teórico.
- Definir conceptos clave.
- Analizar y contrastar las políticas emprendidas por los presidentes Bush, Obama y Trump desde la mira del realismo/internacionalismo liberal.
- Responder a la pregunta: ¿Son los paradigmas el modelo idóneo para explicar la política exterior de Estados Unidos?

2. METODOLOGÍA

La Escuela de los *Annales*, fundada por Lucien Febvre y Marc Bloch, desarrolla una historia que, en lugar de narrar los acontecimientos del pasado, apuesta por una historia analítica orientada por un problema y que se nutre de otras disciplinas como la geografía, la economía o la psicología (Burke, 1990). Esta interdisciplinariedad otorga a la historia un carácter global y holista tanto en el espacio como en el tiempo.

Esta corriente, también denominada *nouvelle histoire*, es un tanto particular, dado que el método científico normalmente es aplicado a las ciencias naturales o “duras”, como la física, la química o la biología, y no tanto a las ciencias sociales o “blandas”, como son las Relaciones Internacionales. Mientras que las primeras se caracterizan por la realización de predicciones comprobables y experimentos controlados, la confianza en datos y modelos sólidos y una alta objetividad, las ciencias sociales están marcadas por los rasgos opuestos. El historiador perteneciente a esta escuela plantea un problema que resolver o una pregunta a la que contestar, una postura heredada de las ciencias naturales exactas y, en segunda instancia, de las ciencias sociales. Partiendo de sus propios conceptos, de su subjetividad y de las teorías existentes, escribe su versión sobre un fenómeno histórico concreto (Febvre, 1952).

Pierre Vilar trató de definir el trabajo del historiador: “El historiador es un físico, no un experto. Busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, no en la cerilla del fumador” (Vilar, 1999). En este trabajo, no obstante, estudiaremos ambas.

En cuanto a la metodología de nuestra investigación, se caracteriza por ser de **estudio de casos** mediante una investigación empírica que analiza un fenómeno contemporáneo y trata de dar respuesta a los objetivos ya establecidos (Yin, 1989). El estudio de casos es idóneo para facilitar la comprensión de una cuestión compleja (Eisenhardt, 1989) y al mismo tiempo tratar de responder a preguntas sobre el porqué o el cómo de las cosas (Leonard-Barton, 1990).

Por lo tanto y, tras revisar de manera exhaustiva la literatura sobre el tema que nos atañe y profundizar en los paradigmas realista y liberal, se va a realizar una aplicación de la teoría a casos concretos que arrojarán luz sobre la cuestión de hacia qué corriente se han inclinado más los presidentes estadounidenses. Finalmente, reflexionaremos sobre si estos paradigmas logran capturar la complejidad de una realidad tan cambiante como es la política exterior de Estados Unidos.

3. ESTADO DE LA CUESTIÓN Y MARCO TEÓRICO

3.1 Estado de la Cuestión

Numerosos autores y expertos en relaciones internacionales han escrito sobre el tema que nos atañe. El estudio de los principales enfoques teóricos sobre el funcionamiento de las relaciones internacionales aporta una visión global de los actores y factores determinantes de esta materia fundamentalmente interdisciplinar. Los principales paradigmas teóricos, planteados tras la Primera Guerra Mundial, facilitan la comprensión de la sociedad internacional y explican el comportamiento de los distintos actores que la componen.

Esther Barbé, catedrática española de referencia en el estudio de la disciplina, publicó en 2007 el manual “Relaciones Internacionales”, que define un nuevo tiempo mundial como consecuencia de las transformaciones en materia de seguridad y de la globalización. El cuerpo central de la obra invita a repensar algunos conceptos (*global governance*, desarrollo sostenible, etc.), y se complementa estratégicamente con una serie de textos (aportaciones teóricas y reflexiones políticas) que animan al lector a debatir sobre cuestiones fundamentales del estudio de las relaciones internacionales (Barbé, Relaciones Internacionales, 2007). Juan Carlos Pereira, Doctor en Historia Contemporánea, elabora en el año 2008 un “Diccionario de Relaciones Internacionales y Política Exterior”, que explica un total de 651 conceptos de manera didáctica y clara. Algunos conceptos definidos, como los de “acción exterior”, “sociedad internacional” “tratado internacional”, “seguridad colectiva” “poder blando”, “poder militar” y “organización internacional” son de especial relevancia (Pereira, 2008). Otros manuales de referencia que serán citados a lo largo del presente trabajo por su solidez, su actualidad y la valía de las conclusiones que de ellos se puede extraer son (Heywood, 2011), (Burchill, y otros, 2005) y (Jentleson, 2013).

Para centrar nuestro estudio en la política exterior estadounidense, se han consultado numerosas fuentes que tratan este enfoque en particular. Un ejemplo es el libro titulado “*American Foreign Policy, patterns and processes*”, en el que Eugene Whitkopf y Christopher Jones analizan conceptos tan relevantes como los procesos de tomas de decisiones en la política exterior estadounidense, el unilateralismo, la guerra contra el terror, o la hegemonía global de EE. UU. (Wittkopf & Jones, 2008). El propio Christopher Jones ha escrito, esta vez junto a Steven Hook, otro manual sobre esta materia: “*Routledge Handbook of American Foreign Policy*”. En su segunda sección y, tras analizar la historia reciente de la política exterior estadounidense, los autores exploran la aplicación de una

serie de escuelas de pensamiento teórico y analítico, entre las cuales figuran el realismo y el liberalismo (Hook & Jones, 2012).

James McCormick centra su estudio en retratar el cambio en los valores y las creencias en materia de asuntos exteriores a lo largo de la historia de EE. UU. y cómo su política exterior se ha visto alterada como consecuencia, desde sus inicios hasta el final de la administración de George W. Bush (McCormick, 2010). Otro libro fundamental para la consecución de este estudio es “*Special Providence: American Foreign Policy and how it changed the world*”, en el que el reconocido académico estadounidense Walter Russel Mead descubre cuatro patrones en la historia de la política exterior que pueden ser aplicados a la actualidad. Realiza una distinción entre Hamiltonianos, partidarios de alianzas entre gobiernos y empresas para una política efectiva y un sistema de comercio global, Wilsonianos, defensores de la obligación moral de EE. UU. de difundir los ideales democráticos y sociales, Jeffersonianos, preocupados no tanto por la promoción de la democracia, sino por su protección a nivel interno y, por último, los Jacksonianos, quienes creían que el papel más importante para un gobierno debía ser la seguridad física y el bienestar económico de sus ciudadanos. Este enfoque resulta novedoso, ya que va más allá de la pugna entre las teorías clásicas en relaciones internacionales (Mead, 2018).

También es importante mencionar a James David Barber, quien sostiene que los patrones del carácter, la personalidad, la visión del mundo y el estilo político de una persona puede ayudar a predecir su desempeño como presidente. En su libro “*The Presidential Character*”, el autor elabora una matriz en la que clasifica a los presidentes estadounidenses en cuatro categorías: activo-positivo, pasivo-positivo, activo-negativo y pasivo-negativo, un modelo que cataloga a los presidentes de Estados Unidos desde Theodore Roosevelt y que permite predecir el comportamiento de los presidentes venideros (Barber, 1972).

En cuanto a la política exterior de las tres presidencias estadounidenses más recientes, es relativamente sencillo encontrar información actualizada y de calidad. Los diarios Financial Times, New York Times y The Wall Street Journal, las revistas Foreign Affairs, Foreign Policy y Time, las revistas científicas universitarias Princeton University Press y Cambridge University Press y las agencias de noticias Reuters y CNN son algunos ejemplos de las fuentes consultadas para analizar las medidas emprendidas por cada uno de estos presidentes.

3.2 Marco Teórico

En este apartado se realiza un análisis comparado de los dos paradigmas. Primero se abordan cuestiones y se definen conceptos para reforzar los conocimientos previos que pueda tener el lector y que las conclusiones que éste extraiga sean de interés. De esta manera, quedan plasmados los conceptos de política exterior y diplomacia, así como las teorías de las relaciones internacionales que son objeto de este trabajo, el realismo y el internacionalismo liberal.

La política exterior es la encargada de determinar las líneas maestras de la aproximación de las unidades estatales hacia el exterior, respondiendo al ajuste entre los intereses nacionales y los internacionales. Supone el establecimiento de objetivos y la formulación, implantación y evaluación de las acciones exteriores como medio para alcanzarlos (Jentleson, 2013). Harold Nicolson afirma que la política exterior depende de un conjunto de factores entre los que cabe mencionar la necesidad de autodefensa, las circunstancias cambiantes, las ventajas económicas y estratégicas, la opinión pública, las ambiciones, etc. (Nicolson, 1961).

El concepto de política exterior está muy ligado al de diplomacia. La principal diferencia entre ambas es que la política exterior se encarga de trazar las directrices de las decisiones internacionales y es llevada a cabo por los gobiernos de los Estados, mientras que la diplomacia no es más que una forma de ejecutar esa política exterior previamente establecida. Aunque no siempre es el caso, la política exterior se lleva a cabo esencialmente por medios pacíficos, como la negociación a través de los órganos y las personas a las que el sujeto ha otorgado su representación. Así, podemos definir la diplomacia como el instrumento mediante el cual la política exterior procura alcanzar sus fines mediante acuerdos en lugar de conflictos (Poch, 1986).

Según el autor británico Andrew Heywood, nadie ve el mundo tal y como es, de manera objetiva. Cuando una persona examina su alrededor, lo hace a través del velo de una serie de teorías, presunciones y suposiciones. Al observar el mundo, tratamos de imponerle un significado, por lo que se puede afirmar que la observación y la interpretación están interconectadas. Por este motivo, la teoría es importante: da forma y estructura una realidad que, de lo contrario, sería confusa y carente de forma. Las teorías más relevantes de la política provienen de la disciplina de las relaciones internacionales, que ha generado una amplia gama de tradiciones teóricas (Heywood, 2011).

Las perspectivas dominantes hasta el momento han sido el **realismo** y el **liberalismo**, representando puntos de vista enfrentados en cuanto al equilibrio entre conflicto y cooperación en los asuntos mundiales. Sin embargo, debemos ser conscientes de la aparición de nuevos enfoques teóricos, sobre todo a partir de la década de los 80 y del colapso del comunismo y el fin de la Guerra Fría. Algunos ejemplos son el neomarxismo, el constructivismo social, el postestructuralismo, el feminismo, el poscolonialismo o la política verde. Aunque todas ellas han ampliado sustancialmente el espectro de perspectivas críticas sobre la política mundial, este estudio se centra en el realismo y el internacionalismo liberal por considerar que son las dos teorías que han influido en la política exterior de Estados Unidos en mayor medida.

La primera teoría que se va a analizar es el **realismo**. El término “realismo” se utiliza de diversas maneras dependiendo de la disciplina de estudio. En filosofía, se refiere a una teoría ontológica opuesta al idealismo y al nominalismo. El “realismo científico” es una filosofía de la ciencia que se opone al empirismo, al instrumentalismo y al positivismo. El “realismo” en la literatura y en el cine se opone al romanticismo y a los enfoques “escapistas”. En Relaciones Internacionales, el realismo político es una tradición de análisis que enfatiza los imperativos que enfrentan los Estados para perseguir una política de poder de interés nacional. El realismo político, *Realpolitik*, o política del poder, es la más antigua y, seguramente, la más frecuentemente adoptada teoría en el estudio de las relaciones internacionales (Burchill, y otros, 2005).

Esta corriente de pensamiento enfatiza el poder como objetivo último de los Estados y concibe el sistema internacional como una competencia por el poder. John Mearsheimer afirma que “el dinero es para la economía lo que el poder es para las Relaciones Internacionales” (Mearsheimer, 2001). Las potencias mundiales rara vez se contentan con la distribución actual del poder y afrontan un incentivo constante para inclinar la balanza a su favor. Los realistas creen que, debido a que no existe un Estado que pueda lograr la hegemonía global, el mundo está condenado a una competencia sin fin por el poder. Aunque existen razones de peso para afirmar que Estados Unidos ha sido tradicionalmente la primera potencia a nivel mundial, el país sigue tratando de buscar un poder mayor (Heywood, 2011).

Para el realismo, la política mundial gira en torno a la búsqueda de poder y la satisfacción de los intereses propios. Los principios morales universales no pueden aplicarse a las acciones de los Estados. Esta visión pesimista de la realidad se ve reflejada

en el pensamiento de Hans Morgenthau, una de las figuras más importantes del campo de la política internacional durante el siglo XX. Según el autor, la política es una lucha por el poder e, independientemente de su objetivo final, el poder será siempre su objetivo inmediato. Los modos en los que éste sea adquirido, mantenido y demostrado determinarán las acciones políticas (Morgenthau, 1948). En la misma línea, Jack Donnelly afirma que la teoría de la política del poder se basa en dos supuestos centrales. El primero de ellos es que las personas son esencialmente egoístas y competitivas, lo cual significa que el egoísmo es la característica definitoria de la naturaleza humana. El segundo supuesto es que el sistema estatal opera en un contexto de anarquía internacional en el que no hay autoridad competente por encima de los Estados soberanos (Donnelly, 2000). Por lo tanto, la columna vertebral del realismo es la premisa de que el egoísmo, el interés nacional y la anarquía sintetizan la política del poder.

Es necesario realizar una distinción entre los postulados del realismo clásico y el neorealismo o realismo estructural. El primero, inspirado en el *Leviathan* de Thomas Hobbes, identifica las causas del comportamiento de los Estados en la naturaleza humana, o el primer nivel de análisis según (Waltz, 1959). La conducta del hombre está determinada por su interés y la búsqueda o la maximización de poder (Morgenthau, 1986). Al estar el Estado compuesto por seres humanos, las relaciones internacionales se constituyen fundamentalmente por conductas egoístas por parte de los Estados, dedicándose cada uno de ellos a la búsqueda de mayor poder, mayor seguridad o la maximización del interés nacional (Pauselli, 2013). El realismo estructural, por su parte, establece que los Estados buscan maximizar su poder o seguridad, pero como consecuencia del estado anárquico de las relaciones internacionales. Esta corriente surge debido a que algunos pensadores reparan en el hecho de que el realismo clásico no logra explicar el comportamiento más allá del nivel estatal. Según el neorealismo, los Estados (y demás actores internacionales secundarios) operan dentro de un dominio que carece de orden y de una autoridad central, resultando en un clima de tensión y de conflicto (Burchill, y otros, 2005). En cualquier caso, estos enfoques alternativos reflejan más una diferencia de énfasis dentro del realismo que una división entre dos escuelas rivales, ya que, aunque pueden estar en desacuerdo sobre qué factores son los más importantes en última instancia, los supuestos centrales del realismo son comunes a la mayoría de los realistas teóricos (Heywood, 2011). Del realismo se derivan otras corrientes como el realismo defensivo, el realismo ofensivo, el realismo neoclásico, etc.

Por otro lado, el **liberalismo** está a favor de un sistema de libre comercio relativamente abierto, basado en el mercado y en las relaciones económicas internacionales elaboradas a través de negociaciones. Al igual que el realismo, el liberalismo tiene su base filosófica en autores clásicos, como John Locke o John Stuart Mill. Los liberales asumen que las personas y los gobiernos tienen profundos intereses comunes en el establecimiento de un orden mundial cooperativo organizado alrededor de principios de moderación, reciprocidad e igualdad soberana (Smith, 1994). Según ellos, las instituciones y normas establecidas entre los Estados facilitan y refuerzan la cooperación y la resolución colectiva de conflictos (Jentleson, 2013).

A diferencia del realismo, la escuela liberal resalta la posibilidad de la cooperación y del progreso general, así como la importancia de la libertad individual, del racionalismo, de los Derechos Humanos, de la democracia y de los límites al poder. Para un liberal, la política exterior de los Estados democráticos no debe ser explicada únicamente en términos exclusivos de equilibrio de poder (como es el caso para un realista), sino que también deben tenerse en cuenta otros factores como, por ejemplo, las relaciones de confianza que se generan entre democracias (Doyle, 1983). El tema central del liberalismo en todas sus formas es la noción de armonía o equilibrio entre los intereses de los principales actores del panorama internacional. Los individuos, los grupos y, de hecho, los Estados pueden perseguir el interés propio, pero un equilibrio natural tenderá a afirmarse. En un nivel más profundo, los intereses en competencia se complementan entre sí; el conflicto nunca es irreconciliable (Heywood, 2011).

Existen en el liberalismo diversas variantes, como el internacionalismo liberal, el idealismo o el institucionalismo, aunque en este estudio nos vamos a centrar en el primero de ellos. La tesis más importante de esta escuela es la teoría de la paz democrática (muy ligada al concepto de “paz perpetua” kantiano), que afirma que los Estados democráticos no se hacen la guerra entre sí y son una pieza clave para garantizar la libertad de los individuos que habitan en él. Así, es racional para un Estado democrático la promoción de la democracia en otros Estados. En este contexto de paz y seguridad, la cooperación puede surgir y mantenerse, mientras que el conflicto y la guerra se entienden como algo irracional y antinatural (Pauselli, 2013). Esta posición recuerda a Erasmo de Rotterdam, quien afirmó que los Estados soberanos buscaban la paz y actuaban para ello.

El internacionalismo liberal defiende que existe un orden natural que está basado en la armonía y la cooperación y, por ende, la paz es normal incluso en el plano internacional.

Esto se refleja en el apoyo al libre comercio y la interdependencia económica, así como en el compromiso de construir y fortalecer organizaciones internacionales. Afirma que la sociedad internacional puede estar regida por la ley internacional y por el contrato federal que existe entre los Estados para eliminar la guerra como forma de relación (ej. Unión Europea). Mientras que los neorrealistas argumentan que dicha cooperación es difícil y propensa a romperse debido al énfasis de los Estados en las ganancias relativas, los neoliberales afirman que los Estados están más preocupados por las ganancias absolutas. En lugar de comprometerse constantemente en una sola dirección, los Estados siempre estarán dispuestos a cooperar si consideran que mejorará su posición en términos absolutos como resultado (Burchill, y otros, 2005).

Sin embargo, es importante tener en cuenta que el paradigma liberal no es completamente opuesto al realista, ya que ambos comparten ciertos supuestos generales sobre cómo funciona la política internacional. Quizá lo más significativo es que tanto los liberales como los realistas aceptan que los asuntos mundiales están condicionados, de manera significativa, por la competencia entre los Estados, lo cual implica que el sistema internacional también lo está. La diferencia, sin embargo, es que los liberales suponen que la competencia dentro de este sistema se lleva a cabo dentro de un marco más amplio de armonía. Esto inclina a los liberales a creer en el internacionalismo y a sostener que los realistas subestiman sustancialmente el alcance de la cooperación y la integración dentro del sistema descentralizado de Estados (Heywood, 2011). La siguiente tabla recoge y contrasta las principales características de ambas teorías para una mejor comprensión.

	REALISMO	LIBERALISMO
Foco Analítico	Estados	Pluralidad de actores
Problemática de estudio	Seguridad nacional	Seguridad colectiva
Motivación de los actores	Interés nacional, Poder, Prestigio	Confianza mutua, paz, prosperidad y comercio
Mecanismos de regulación	Equilibrio de poder entre Estados	Organizaciones y derecho internacional

Tabla 1: Cuadro sintético Realismo vs. Liberalismo. **Fuente:** Elaboración propia a partir de (Baldwin, 2016)

4. ANÁLISIS DE CASOS: 20 AÑOS DE POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE

Se va a estudiar la influencia del realismo y el internacionalismo liberal en la política exterior estadounidense. Para ello, se analizan algunas de las decisiones y medidas de política exterior llevadas a cabo por sus últimos tres presidentes: George Bush, Barack Obama y Donald Trump. Aunque podemos afirmar que el realismo ha prevalecido en la práctica, el discurso político sobre la política exterior y las justificaciones de sus métodos han incluido elementos propios del liberalismo (Coll, 2015). También han sido constantes el aislacionismo, la desconfianza en la diplomacia (más acusada en los presidentes republicanos) y la subordinación de lo exterior a lo interior (Priego, 2015).

Según Jentleson, lo bien que cumple un presidente con su rol de liderazgo en política exterior depende de una serie de factores, entre los que cabe destacar la experiencia previa a ocupar el cargo. En los siglos XVIII y XIX era común que los presidentes tuvieran una amplia experiencia en política exterior, una tendencia en declive desde entonces y prueba de ello es la presidencia de Donald Trump, quien fuera empresario y personalidad de la televisión norteamericana y que no atesora ningún tipo de experiencia en política. Otro factor identificado es la personalidad y las características del presidente como individuo, es decir, sus sistemas de creencias. En primer lugar, encontramos el componente analítico de la concepción del sistema internacional: ¿Cuál es la visión del presidente sobre su estructura básica? ¿Qué actores constituyen una amenaza para los intereses de Estados Unidos? En segundo lugar, hallamos el componente normativo de la jerarquía de intereses nacionales: ¿Cómo clasifica y prioriza los objetivos centrales de Poder, Paz, Prosperidad y Principios? Por último, el componente instrumental de la estrategia: dada la concepción del sistema internacional y la jerarquía de interés nacional, ¿cuál es la estrategia óptima que debe adoptarse? (Jentleson, 2013).

La política exterior de EE. UU. no está determinada en su totalidad por sus intereses estratégicos o económicos, sino que existen factores domésticos de índole política, ideológica y electoral que son igualmente importantes. La intensa democratización de la sociedad estadounidense, la pérdida de autoridad de las élites tradicionales del país, los nuevos medios de comunicación, la creciente importancia del dinero en los procesos electorales y la fragmentación del sistema político en grupos de interés han alterado la conducta del país y distanciado su política exterior de unos intereses fijos, objetivos y fáciles de definir (Coll, 2015).

GEORGE W. BUSH

“LOS PIES ENCIMA DE LA MESA”

George W. Bush ejerció como 43^{er} presidente de los Estados Unidos de América entre los años 2001 y 2009. Pertenece a una de las “dinastías políticas” más importantes, junto a los Kennedy, de las últimas décadas de EE. UU., al ser hijo del presidente George H. W. Bush, nieto del senador Prescott Bush, y hermano del gobernador de Florida Jeb Bush. Graduado por las Universidades de Yale y Harvard, Bush trabajó en una serie de empresas petroleras antes de convertirse en gobernador de Texas. En 1999, anunció su candidatura a la presidencia, se enfrentó a John McCain en las primarias republicanas y batió al candidato demócrata Gore en las elecciones generales de 2000, tremendamente disputadas (Duignan, 2020).

Aunque sus predecesores habían utilizado, en distinto grado y con variable éxito, una combinación de medidas liberales y realistas ante las crisis heredadas o novedosas a las que tuvieron que enfrentarse, Bush accedió a la presidencia con un discurso nacionalista y unilateral que le distanció del precedente clintoniano (Montes, 2005). Su agenda política y sus prioridades se vieron alteradas tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, y las guerras libradas en Afganistán e Irak orientaron su actuación (Milbank, 2015). La alternativa que propugnó, bajo la influencia del vicepresidente Richard Cheney y sus colaboradores “neoconservadores” fue un unilateralismo basado en la primacía militar (Coll, 2015). Sin embargo, no resulta tan sencillo calificar su política exterior como realista o internacionalista liberal. Los realistas tildaron su presidencia de excesivamente idealista, mientras que los idealistas se distanciaron de su política exterior (Walt, 2009) James David Barber, en cambio, calificaría a Bush seguramente de activo-negativo, por su inclinación a la rigidez y al pesimismo, su baja autoestima y su preocupación por saber si tenía éxito o fracasaba (Barber, 1972).

La guerra de Afganistán (2001-actualidad) sería un claro ejemplo de medida realista emprendida durante la administración Bush. Después de los atentados del 11-S, el presidente estimó que las misiones de paz eran insuficientes, anunciando una guerra mundial contra el terrorismo y ordenando la invasión militar de Afganistán para derrocar al régimen talibán y expulsar al grupo terrorista Al Qaeda del país. Declaró que Estados Unidos usaría la totalidad de sus recursos para asegurar sus intereses y eliminar cualquier amenaza que pudiera servir de ayuda para las organizaciones terroristas. A pesar del éxito inicial y de que se consiguiera expulsar a los talibanes del poder en Kabul, la capital, éstos

terminaron recibiendo el apoyo de Al Qaeda y otros Estados del Golfo y la guerra continuó. Al intervenir en Afganistán, Estados Unidos estaba, al menos en parte, intentando expandir su influencia y poder (una noción realista). Stephen Walt, profesor de relaciones internacionales en Harvard y experto en la materia, sin embargo, cree que Estados Unidos hizo exactamente lo contrario. Según él, la intervención dañó y desestabilizó la imagen de Estados Unidos a nivel mundial, perjudicando así su poder e influencia (Walt, 2009). En cualquier caso, el conflicto ha persistido hasta el día de hoy y el debate sobre si EE. UU. debería retirarse o continuar desplegando tropas en territorio afgano ha atormentado a los tres presidentes más recientes.

Otra medida realista llevada a cabo por el presidente fue la invasión de Irak de 2003, una acción cuestionable desde una perspectiva objetiva a pesar de que se basó en la defensa de la democracia, la libertad, los derechos humanos, y el bien de la comunidad internacional (Coll, 2015). Incluso antes de los ataques del 11 de septiembre, Irak era percibido como una amenaza debido a su producción potencial de armas de destrucción masiva (ADM) y a que el régimen de Saddam Hussein no parecía estar dispuesto a cooperar. Estados Unidos quería iniciar una transformación democrática de todo Oriente Medio. La administración Bush había sido franca sobre su objetivo de alcanzar la hegemonía global y declaró que el cambio de régimen en Irak era una prioridad nacional. Nuevamente, Estados Unidos y sus aliados rápidamente derrocaron al régimen y derrotaron a sus fuerzas, pero la situación se volvió cada vez más inestable y violenta. La invasión y ocupación condujo a la violencia sectaria que provocó el desplazamiento generalizado de miles de civiles iraquíes. Después de años de guerra, las fuerzas estadounidenses se retiraron del territorio iraquí. En términos realistas, la invasión fue un medio racional para que Estados Unidos lograra su objetivo principal de demostrar su poder tanto a sus aliados como a sus competidores. También pretendía evitar que Irak colaborara con grupos terroristas antiestadounidenses suministrándoles ADM y petróleo (Dudney & Ikenberry, 2017). Sin embargo, según autores como Daniel Lieberfeld, Irak no representaba una amenaza tan inminente y la guerra tenía como principal objetivo obtener apoyo nacional e internacional (Lieberfeld, 2005).

En tercer lugar, George Bush estableció el Departamento de Seguridad Nacional o DHS (del inglés *Department of Homeland Security*), otra medida creada como respuesta a los atentados terroristas de septiembre de 2001 y que aumentaba el poder de la nación. Las funciones de este departamento del gabinete del gobierno federal de los EE. UU.

incluyen controlar las fronteras, responder a emergencias provocadas por el terrorismo, desarrollar tecnologías para detectar ADM y revisar información proveniente de la inteligencia y de la aplicación de la ley para identificar amenazas a la seguridad nacional (Bush, 2002). Mientras que el Departamento de Defensa de los Estados Unidos es responsable de las acciones militares en el extranjero, el DHS es una agencia de inteligencia y contrainteligencia orientada a proteger a la esfera civil del país dentro y fuera de sus fronteras. El DHS ha actuado en numerosas ocasiones para lidiar con emergencias distintas a las provocadas por el terrorismo, como los delitos cibernéticos, la seguridad fronteriza o los desastres naturales.

En el año 2000, justo antes de dejar el cargo, Bill Clinton, predecesor de Bush, había firmado el Estatuto de Roma, que significaba la aceptación de la jurisdicción de la Corte Penal Internacional (CPI). Esta institución intergubernamental pretendía ser el eslabón perdido en el sistema judicial internacional, dado que fortalecería los procesos de paz, promovería la resolución de conflictos y disuadiría a futuros delincuentes o agresores (Corte Penal Internacional, 1998). Sin embargo, la administración Bush se opuso rápidamente a esta medida y anunció que rescindiría oficialmente la firma. La administración no solo rechazó el reclamo de la CPI de ejercer su jurisdicción sobre los ciudadanos estadounidenses por motivos constitucionales, sino que también dudó de la capacidad de la CPI para disuadir futuras agresiones. Además, la administración Bush impulsó una legislación a través del Congreso que vinculaba la ayuda militar estadounidense a los países receptores que acordaran firmar una exención de la jurisdicción de la CPI para los soldados estadounidenses. Muchos países se resistieron a firmar tales acuerdos por una cuestión de principios, incluso a riesgo de perder su asistencia militar (Jentleson, 2013).

Bush también manifestó su oposición al Protocolo de Kioto, que buscaba reducir las emisiones de gases de efecto invernadero y que habría significado un elevado coste para Estados Unidos. La administración Bush consideró que el tratado era injusto, ya que no establecía estándares para los principales emisores de gases de efecto invernadero, como China o India, al mismo tiempo que creaba mandatos para los EE. UU. que podían debilitar su economía. Esta decisión originó una fuerte ola de críticas. El presidente Bush fue acusado de no estar dispuesto a cooperar con otros países para resolver problemas globales. Este rechazo a participar en el acuerdo internacional podría considerarse como un acto unilateral porque Bush no propuso una alternativa para combatir el calentamiento

global. Otros podrían alegar que el presidente no se opuso a resolver el problema, sino que simplemente estaba en contra de los métodos utilizados en el Protocolo de Kioto. Los realistas irían un paso más allá, preguntándose por qué iba Estados Unidos a implementar una solución que perjudicase a su propia economía (Woodford, 2002).

Después de analizar cinco de las iniciativas realistas de política exterior que llevó a cabo la administración Bush, es hora de analizar cinco internacionalistas liberales. Un claro ejemplo de éstas últimas es el Plan de Emergencia del Presidente para el Alivio del SIDA (PEPFAR). Fue una iniciativa gubernamental que consistió en aumentar sustancialmente los fondos para combatir la enfermedad del VIH/SIDA a escala global. Se convirtió en la iniciativa de salud internacional más grande hasta el momento que una nación hubiera emprendido para combatir una enfermedad (Tobias, 2006). A pesar de los esfuerzos, el SIDA continúa siendo una crisis humanitaria severa que afecta el desarrollo económico. Algunos países siguen perdiendo a miles de habitantes (la mayoría en sus etapas más productivas de la vida) a causa de esta infección. ONUSIDA es el organismo coordinador establecido para tratar de reunir los esfuerzos de las diez agencias de las Naciones Unidas y algunas ONG involucradas en la prevención y el tratamiento de la enfermedad (ONU, 2019). La iniciativa PEPFAR demostró que Estados Unidos se preocupaba por el bienestar del resto del mundo, ya que fue un caso en el que una gran potencia iba más allá de sus intereses nacionales estrictos para abordar de manera cooperativa un desafío humanitario de carácter mundial.

Otro ejemplo de política exterior internacionalista liberal fue la mejora de las relaciones bilaterales con algunos países como, por ejemplo, India. Las relaciones entre ambos países mejoraron durante la presidencia de Bush, principalmente debido a la existencia de un enemigo común, el extremismo islámico y de preocupaciones comunes, como la seguridad energética y el cambio climático (Ganguly, 2004). En 2001, George Bush levantó las sanciones restantes, que se habían impuesto a India tras su prueba nuclear de 1998, para permitir la asistencia económica y militar de EE. UU. hacia este país. Estados Unidos comenzó a considerar a India como un aliado estratégico y socio comercial potencialmente importante en Asia (French, 2002). Desde entonces, Nueva Delhi y Washington han buscado una asociación estratégica basada en una serie de valores compartidos y en el cumplimiento de intereses geopolíticos. En 2005, la Secretaria de Estado Condoleezza Rice, visitó Nueva Delhi, donde se reunió con algunos oficiales indios e iniciaron un diálogo sobre seguridad energética. Más tarde ese mismo

año, ambos países firmaron la Relación de Defensa EE. UU.-India y la Iniciativa de Cooperación Nuclear Civil.

Bush también promovió la paz en Oriente Medio y en el resto de las regiones del mundo. Estados Unidos había prestado apoyo (aún lo hace) a regímenes autoritarios en algunos países de MENA (Oriente Medio y norte de África), en parte debido a la necesidad de extraer petróleo de esta región. Bush criticó a sus predecesores por actuar de este modo y desafió a Egipto, Marruecos y Arabia Saudí, entre otros aliados, a adoptar regímenes democráticos. De esta manera, la administración argumentó que lo que estaba en juego en las guerras de Irak y de Afganistán no podía expresarse únicamente en términos militares, dado que había esperanza de que trajeran paz y estabilidad en una región que, durante mucho tiempo, había frustrado a los responsables políticos. Bush enfatizó que la religión del islam no era una barrera para la democracia, señalando a algunos países musulmanes que contaban con gobiernos democráticos, como Turquía o Indonesia. Lo cierto es que, antes del 11-S, la promoción de la democracia y la protección de los derechos humanos no eran temas prioritarios a la hora de definir el interés nacional de los Estados Unidos. Pero a partir de septiembre de 2001, las acciones del gobierno en materia de política exterior pasaron a estar influenciadas por la idea de que la democracia era la única garantía de paz y seguridad duraderas entre los Estados, porque era la única forma de gobierno capaz de garantizar la libertad y la justicia dentro de ellos (Rice, 2005). La guerra contra el terrorismo pasó a entenderse no solo como una cuestión de seguridad nacional sino como una lucha contra el mal.

La Iniciativa de Seguridad en materia de Proliferación (PSI) es una coalición global iniciada por el presidente Bush con el objetivo de detener el tráfico de ADM, misiles y demás materiales relacionados. Este empeño común mundial no creó un nuevo marco legal, sino que tuvo como objetivo emplear las autoridades nacionales existentes y el derecho internacional para lograr tales objetivos. Diez naciones se unieron inicialmente y ese número ha aumentado hasta 105 en la actualidad. A pesar del apoyo de la mayoría de los miembros de la ONU, varios países han expresado su oposición a la iniciativa, incluidos India, China e Indonesia. El programa de cooperación internacional PSI buscó compensar las deficiencias del régimen del Tratado de No Proliferación Nuclear (NPT) a través de intercambios en inteligencia y operaciones de interdicción (Jentleson, 2013). Un ejemplo fue la operación que reveló en 2003 las intenciones de Muamar el Gadafi de construir ADM en Libia.

La última acción internacionalista liberal de George Bush que va a ser analizada es su política de sanciones para presionar al gobierno de Sudán a detener el conflicto en la región de Darfur, condenado como genocidio por su administración (Hamilton, 2011). Bush estaba preparado para imponer dichas sanciones mucho antes de que se hicieran efectivas, pero apostó por trabajar junto con la comunidad internacional para así poner fin al conflicto en Darfur a través de medios diplomáticos. Además de las sanciones, el Secretario de Estado Robert Zoellick redactó una propuesta de resolución de la ONU para fortalecer la presión internacional sobre el gobierno sudanés (Brinkley, 2005). Bush también instó a otras naciones, al Consejo de Seguridad de la ONU y a la Unión Africana a "rechazar cualquier esfuerzo para obstruir la implementación de los acuerdos que traerían la paz a Darfur y a Sudán."

BARACK OBAMA

"NO DRAMA OBAMA"

Barack Obama fue el 44º presidente de los Estados Unidos y ejerció como tal entre 2009 y 2017. Es significativo el hecho de que Obama fuera el primer presidente negro de Estados Unidos. De origen humilde y de padre keniano, su nombramiento como presidente despertó el entusiasmo y las esperanzas de millones de africanos que vieron en él la posibilidad del cambio que los países africanos anhelaban. Dichas expectativas no solo se generaron en la región subsahariana, sino que se produjeron en buena parte de la comunidad internacional que vislumbró la posibilidad de un viraje político en la política exterior estadounidense (Jiménez, 2015). Tanto es así que fue concedido el Premio Nobel de la Paz en 2009 por sus esfuerzos diplomáticos en pro del desarme nuclear, la consecución de un proceso de paz en Oriente Medio y el fomento de la lucha contra el cambio climático (Pino, 2009).

Obama, que había ejercido como senador por el estado de Illinois durante tres años, asumió el cargo con la confianza de que mejoraría considerablemente las relaciones con las naciones de todo el mundo y enfrentaría los desafíos internacionales que había heredado (Lynch, 2014). La concepción de Obama reconocía el papel central de Estados Unidos en el sistema internacional, pero lo ubicaba dentro de un contexto marcadamente multilateral (Packer, 2008). Barber le habría catalogado como activo-positivo, dado que mostraba seguridad en sí mismo, disfrutaba el ejercicio del poder y concebía éste como un medio para lograr resultados provechosos (Barber, 1972).

Al igual que su predecesor, la administración Obama combinó iniciativas realistas con internacionalistas liberales, algunas de las cuales resultaron ser muy exitosas y otras no lograron su cometido. Sin embargo, la principal diferencia entre los presidentes Bush y Obama fue que el primero, especialmente en su primer mandato, adoptó un enfoque unilateral siempre que resultó posible y multilateral cuando fue necesario, mientras que Obama fue partidario del multilateralismo siempre que pudo y recurrió al unilateralismo cuando resultó necesario (Jentleson, 2013).

La primera iniciativa realista en la política exterior de Obama que se va a analizar es el uso de drones en los conflictos de Irak y Afganistán y en operaciones antiterroristas. La administración hizo hincapié en los beneficios de la prevención y de actuar de manera temprana, pero siempre en una escala limitada que evitase compromisos masivos por parte de las tropas, que redujese el número de bajas estadounidenses y se justificase dentro de la ley nacional e internacional (Guerlain, 2014). La legalidad y la moralidad del programa de drones fue cuestionada debido a la falta de transparencia de la administración Obama (Campbell, 2014). Otro problema eran las víctimas civiles inocentes y los daños colaterales de gran envergadura. Según el realismo, el uso de drones en los conflictos armados ofrece una mayor probabilidad de mantener la seguridad nacional frente a amenazas externas como el terrorismo internacional. Si, en el proceso, se violan los derechos humanos o algunos civiles son heridos o asesinados, siempre que los costes no sean excesivos, estará justificado que el Estado asuma el riesgo (Correa, 2015).

Otro ejemplo de realismo durante esta administración fue la operación militar que supuso la muerte de Osama bin Laden en mayo de 2011. Los realistas justificaron que esta acción formaba parte de la represalia original del 11-S contra Al Qaeda y que, por tanto, era legítima. Argumentaron que era similar a las tácticas de persecución empleadas contra los terroristas que habían cruzado la frontera con Afganistán para atacar a las fuerzas estadounidenses y de la OTAN (Jentleson, 2013). Según la ley de los EE. UU., también se trataba de una acción militar legítima: después del 11 de septiembre, el Congreso de EE. UU. aprobó una resolución que autorizaba al presidente a usar "la fuerza necesaria y apropiada contra aquellos que planificaron, autorizaron, cometieron o ayudaron a los ataques" (U.S. Congress, 2001). Según el derecho internacional y el artículo 51 de la Carta de las NN. UU., la operación se justificaba como un acto de autodefensa (ONU, 1945) El Consejo de Seguridad de la ONU aplaudió la noticia de la

muerte de bin Laden y Ban Ki-moon, Secretario General de la organización durante el transcurso de los acontecimientos, comentó que estaba "muy aliviado." Sin embargo, el gobierno pakistaní y otros detractores vieron esta medida como una invasión de su soberanía que violaba las normas de derecho internacional (Klein, 2017). Estados Unidos había demostrado su poder al rastrear y ejecutar a alguien independientemente de dónde se hallase, por lo que esta muestra de dominio estadounidense puede contemplarse como una violación de la soberanía nacional pakistaní.

La administración también aprobó la intervención militar en Libia. En 2011, inspirado por las revueltas de la Primavera Árabe en Túnez y Egipto, el pueblo libio se alzó contra Gadafi. Este brutal dictador respondió con una represión colectiva contra los rebeldes. El presidente Obama estableció una zona de exclusión aérea y respondió con el poder aéreo estadounidense junto con la OTAN y algunos Estados árabes, para proteger al pueblo libio (Jentleson, Exum, Dalton, & Stuster, 2012). Obama declaró en una entrevista que la intervención de Estados Unidos en el conflicto era necesaria, pero admitió que las consecuencias de Libia fueron uno de los peores errores de su presidencia (Obama, 2016). Después de que Gadafi fuera asesinado, el país se sumió en el caos con el control de las milicias y la formación paralela de dos parlamentos y gobiernos rivales. Lejos de haberse convertido en una democracia, Libia se ha convertido en un estado fallido que sirve como refugio seguro a las milicias del Estado Islámico y de Al Qaeda (Kuperman, 2015). Aunque esta intervención estadounidense contó con el apoyo multilateral y fue aprobada por el Consejo de Seguridad de la ONU (internacionalismo liberal), otros autores se refieren a ella como un ejemplo de realismo, por la intención realista que escondía: tener acceso al petróleo de la región. Vijay Prashad, historiador e intelectual indio, afirma que las intervenciones de las naciones occidentales en Libia se debieron, al menos en parte, a un posible deterioro del comercio del petróleo (Prashad, 2016).

La crisis de Crimea de 2014 también favoreció un enfoque realista de esta administración. Aunque Vladimir Putin justificó la invasión de la península ucraniana como una acción necesaria para proteger a los ciudadanos y aliados rusos, Obama consideró el envío de las fuerzas militares de Rusia a Crimea como una violación del derecho internacional. El gobierno de Obama descartó una operación militar, pero advirtió que habría consecuencias, como la congelación de activos y el aislamiento con respecto al comercio y la inversión (Holland & Prentice, 2014). Estados Unidos también

movilizó sus recursos diplomáticos para asegurar que el mensaje enviado fuera fuerte; Barack Obama describió a Rusia como una potencia regional que causaba problemas entre sus vecinos y dijo que Occidente no reconocería el intento ilegal de Rusia de anexionar Crimea (Stephens, 2015). Debido a que otras naciones denunciaron la ocupación rusa de la península y emprendieron sanciones económicas y políticas, la acción podría ser vista desde el punto de vista del internacionalismo liberal. Sin embargo, al dañar el poder político y económico de otra potencia mundial, representa también el realismo y la competencia por ver quién atesora un poder mayor.

Este incidente es fiel reflejo de la actitud errática y confrontacional que ha exhibido la política rusa hacia Europa y EE. UU. desde 2008, y evidencia el hecho de que la integración económica de Rusia en el sistema económico global no ha significado una mayor proactividad o previsibilidad de su política exterior. Obama trató de alcanzar un *fresh start* de las relaciones con Rusia que se vio frustrado con el retorno de Putin a la presidencia y la vuelta a una dialéctica nacionalista y de confrontación con Occidente, empeorando así las relaciones bilaterales entre ambos países (Sáenz-Francés, 2015).

Un último ejemplo de realismo podría ser la intervención en Somalia para ayudar a reducir las actividades terroristas y la piratería en la región. Estados Unidos desplegó fuerzas de operaciones especiales, drones, ataques aéreos y algunos asesores militares para influir en la guerra civil somalí y neutralizar a miembros prominentes de Al-Shabaab. Obama también abordó el problema de la piratería: cuando un marino mercante estadounidense fue tomado como rehén, ordenó al ejército estadounidense que realizase una misión de rescate para liberar al capitán. El rescate fue llevado a cabo por los SEAL, quienes asesinaron a tres de los piratas y capturaron al cuarto. Después de este incidente, Estados Unidos prometió que haría todo lo posible para dismantelar las bases piratas en la mayor medida permitida por el derecho internacional (Jentleson, 2013).

El ejemplo más claro de internacionalismo liberal durante esta presidencia fue el cambio de enfoque de la política exterior hacia Cuba. En 2014, se anunció que Obama, con la intermediación del Papa Francisco, había negociado una restauración de las relaciones con Cuba después de casi sesenta años de tensión y de confrontación. En 2015 anunció que se reanudarían las relaciones diplomáticas formales con Cuba y que se abrirían embajadas en Washington y La Habana. Esta iniciativa es marcadamente liberal internacionalista porque su objetivo fue la apertura de ambos países para cooperar y lograr así ganancias mutuas (Campos & Prevost, 2015). Las prioridades hemisféricas de Estados

Unidos, incluida la integración económica y energética, el diálogo con las potencias emergentes, la inmigración, la seguridad pública y la política de drogas, se habían visto socavadas hasta el momento por la falta de una relación estable entre Estados Unidos y Cuba. Esta acción supuso una prueba de la determinación de Washington por reemplazar la intimidación con liderazgo/hegemonía en sus relaciones con Latinoamérica (López-Levy, 2015).

Barack Obama también instó al Congreso a que ratificase un pacto de libre comercio de 12 naciones llamado Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP). Sus objetivos incluían relajar las tarifas entre los países participantes, reforzar los estándares en materia de derecho laboral y asegurar la protección del medio ambiente. Una mayor interdependencia global basada en reglas debía conducir a más paz y prosperidad, y Estados Unidos quería ser el país que estableciera las reglas (Reuters, 2015). Esta iniciativa también podría verse como realista, ya que ocultó un movimiento competitivo contra China. Según algunos autores, el TPP era, en realidad, una cuestión de seguridad nacional que enfatizaba que las naciones debían trabajar juntas para desviar la actividad industrial y financiera de China (Ramírez, 2011).

En 2010, Obama y el presidente ruso Dmitri Medvédev firmaron el "Nuevo START", el sucesor del START I y del START II. Sus principales disposiciones fueron la reducción de misiles nucleares a la mitad y una reducción del número de cabezas nucleares desplegadas. De esta manera mejoraría la seguridad nacional de EE. UU. al estabilizar el equilibrio con la Federación Rusa. Con una duración de diez años, el tratado contaba con un régimen de verificación que incluía inspecciones y exhibiciones *in situ*, intercambios de datos y disposiciones para facilitar el uso de medios técnicos para el monitoreo del cumplimiento del tratado. La verificación y la transparencia proporcionarían visibilidad a las fuerzas nucleares de Rusia, ayudando a reducir la desconfianza y a mitigar los riesgos de sorpresas y errores de cálculo (Jentleson, 2013) Vemos cómo las relaciones con Rusia combinan elementos de cooperación pero también de conflicto, y cómo una presidencia puede adoptar políticas realistas (conflictos de Crimea y Siria) e internacionalistas liberales (tratado de reducción de armas) hacia un mismo país.

Otra medida internacionalista liberal que emprendió Obama fue el Plan de Acción Integral Conjunto (JCPOA). En 2013, la administración entró en negociaciones con Irán para evitar que éste último adquiriese armas nucleares, lo cual incluyó un acuerdo interino. El JCPOA, firmado en 2015, significó la eliminación de las sanciones petroleras,

comerciales y financieras a cambio de medidas que evitarían que Irán produjese armas nucleares. Fue un acuerdo multilateral entre Irán, Estados Unidos, China, Francia, Alemania, Rusia y Reino Unido. Un año después de su implementación, Obama declaró que Irán estaba cumpliendo sus compromisos, demostrando el éxito de la diplomacia. El presidente John F. Kennedy, en medio de las disputas entre Estados Unidos y la Unión Soviética, mencionó una idea liberal internacionalista que bien podría ser aplicada a este caso en particular: "Nunca negociemos por miedo, pero nunca temamos negociar."

La última iniciativa política liberal internacionalista que pretendo analizar es el discurso del presidente alentando al mundo a aumentar los lazos económicos con el continente africano mediante la inversión y el comercio. Obama criticó la falta de democracia, la discriminación contra las minorías y la corrupción. Para mejorar la calidad de vida de los africanos, sugirió una democratización intensificada, un comercio y una inversión libres, paz y seguridad avanzadas, y la promoción de oportunidades y desarrollo (Carson, 2013). A esto se sumó el apoyo de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), que posteriormente dieron lugar a los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Consistían en un conjunto de objetivos destinados a reducir la pobreza y el hambre en el mundo, garantizar la educación primaria y promover la igualdad de género, entre otros. En 2009, el presidente Obama reafirmó que los ODM eran también "objetivos de Estados Unidos."

En su libro "Global Politics", Heywood realiza una comparación entre la política exterior de Bush y la de Obama. El enfoque de la administración Bush sobre la "guerra contra el terror" y particularmente la invasión de Irak en 2003, se basó en la política dura (*hard power*) y terminó siendo contraproducente, dado que provocó un mayor antiamericanismo en los países musulmanes y posiblemente alimentó el apoyo al terrorismo y al fundamentalismo islámico. Obama, en cambio puso un mayor énfasis en el uso del poder blando (*soft power*) y combinó ambas estrategias en lo que comúnmente se denomina poder inteligente (*smart power*). El poder blando respaldado por el posible uso del poder duro sirvió para crear un enfoque más sofisticado para abordar los conflictos políticos y aquellos relacionados con el terrorismo internacional (Heywood, 2011). Con este ejemplo se pretende demostrar que la iniciativa del poder inteligente se produjo como reacción lógica a la pérdida de liderazgo global de EE. UU. después de la intervención en Irak, o lo que es lo mismo, que las políticas emprendidas durante una presidencia condicionan las políticas de sus sucesoras (Sánchez, 2015).

DONALD TRUMP

“EL APRENDIZ A PRESIDENTE”

Donald Trump es el 45º y actual presidente de los Estados Unidos y ocupa el cargo desde enero de 2017. Antes de entrar en política era conocido por ser uno de los grandes empresarios estadounidenses y una personalidad televisiva con cierto empuje. Según Pedro Rodríguez, Trump se ha comportado como la estrella de un *reality*, haciendo de la estridencia su mejor aliada y presentándose como un exitoso *outsider* (advenedizo). Trump, que no contaba con el respaldo por parte de la élite del Partido Republicano, tampoco tenía experiencia previa en política ni conocimiento de los grandes problemas que acechan el mundo (Rodríguez, 2016). Constituye una figura polémica y controvertida, no solo por su visión del mundo y del papel de EE. UU., sino también por sus comentarios incendiarios (incluyendo insultos racistas y sexistas), su tono intimidatorio y su combatividad. Barber sin duda calificaría a Trump como un individuo activo-negativo, por su concepción del poder como un medio para la autorrealización y por su estilo agresivo de gestionar los conflictos (Barber, 1972).

Ya desde la campaña electoral que le enfrentó a la candidata demócrata Hillary Clinton, el argumento central de Trump fue que Estados Unidos se encontraba en declive y venía siendo engañado sistemáticamente por sus aliados y enemigos (de ahí su eslogan político *Make America Great Again*) (Rodríguez, 2016). En su primer año de mandato, Trump ya había sacudido las alianzas tradicionales, sorprendido a sus adversarios con acciones militares y se había enfrentado a nuevas amenazas. Su presidencia no solo ha alterado el curso de la política exterior de los EE. UU., sino que también ha alterado el orden mundial, con decisiones que tendrán un fuerte impacto en los años venideros (Finnegan & Maclaughlin, 2017). Pero, ¿cómo ha combinado las medidas realistas con las internacionalistas liberales?

La primera medida realista que se va a analizar es el muro fronterizo Estados Unidos-México. Construir un muro fronterizo en el sur, financiado por México, fue una de las promesas de campaña más persistentes y llamativas de Trump. En enero de 2018, la administración Trump propuso destinar 1800 millones de dólares en los siguientes 10 años para su construcción (Meckler, 2018). En el presupuesto del año fiscal 2018, el fondo discrecional para el Departamento de Seguridad Nacional se incrementó en 2,8 mil millones para "tecnología de seguridad fronteriza de alta prioridad e infraestructura táctica, incluida la financiación para planificar, diseñar y construir el muro fronterizo"

(Departamento de Seguridad Nacional, 2018). Lo cierto es que el control fronterizo no solo está afectando a México: tras una semana en el cargo, Trump provocó protestas en todo el país al bloquear la entrada de ciudadanos estadounidenses de siete países predominantemente musulmanes y detener la entrada de refugiados, citando riesgos de seguridad nacional.

Otra iniciativa realista fue la intervención en la guerra civil siria. Barack Obama había sido criticado por su inacción en el conflicto, pese al ultimátum que declaró contra el uso de armas químicas por Bashar al-Assad (Lucas, 2016). Aunque EE. UU. ya había proporcionado armas y capacitación a ciertos grupos rebeldes antigubernamentales durante mucho tiempo, Trump sorprendió al mundo en abril de 2017. Reaccionó de manera rápida con un ataque quirúrgico después de que el gobierno sirio matara a decenas de civiles en un ataque químico. Esta acción fue considerada principalmente como una demostración de fuerza en lugar de una parte de una amplia estrategia en el territorio devastado por la guerra (Friedersdorf, 2018). El secretario de Estado Rex Tillerson anunció que las tropas estadounidenses se quedarían en Siria para contrarrestar las amenazas estratégicas de Irán. Sin embargo, a finales de 2019 Donald Trump declaró que “ya era hora de abandonar guerras ridículas que no tienen fin” y anunció la retirada de tropas del norte del país. Llegó a afirmar que lucharían únicamente por su beneficio propio y solo para ganar, un acto considerado como realista, pues abandonaba a su suerte a las milicias kurdas y al resto de aliados frente a Rusia, Irán y el régimen de Bashar al-Ásad.

Asimismo, la administración actual señaló una ruptura importante del impulso internacional para revertir los efectos del cambio climático cuando se anunció que Estados Unidos se retiraría del Acuerdo de París sobre el cambio climático. Donald Trump personalmente no cree en el cambio climático y afirma que fue una invención china destinada a socavar la economía estadounidense (Selby, 2018). El caso comparte similitudes con la oposición de Bush al Protocolo de Kioto. Ambos presidentes sintieron que los acuerdos no eran justos con Estados Unidos y frenarían al país, por lo que decidieron que retirarse era lo mejor para sus intereses.

Después de asumir la presidencia, Donald Trump acusó repetidamente a los presidentes anteriores de no tratar con el problema nuclear de Corea del Norte, declarando que ahora era su tarea lidiar con él. Desde entonces, ha utilizado una combinación de críticas diplomáticas y sanciones cada vez más duras, tanto directas como a través de la

ONU, para tratar de presionar a Kim Jong-un para que reconsidere su programa nuclear y armamentístico. En julio de 2017, Corea del Norte probó dos misiles de largo alcance potencialmente capaces de alcanzar Alaska, Hawái y el territorio continental de EE. UU. Trump llegó a afirmar que una nueva provocación contra Estados Unidos sería contrarrestada con "fuego y furia como el mundo nunca ha visto." Después de que las pruebas de misiles continuaran, Trump amenazó con destruir totalmente a Corea del Norte si Estados Unidos se veía obligado a defenderse a sí mismo o a cualquiera de sus aliados (Borger, 2017).

Trump también rompió con décadas de política estadounidense y reconoció a Jerusalén como la capital de Israel. Anunció un plan para trasladar la embajada de Estados Unidos desde Tel Aviv a Jerusalén. Ésta última ciudad tiene un significado religioso y cultural especial para judíos, musulmanes y cristianos y su estatus territorial es un factor clave en el conflicto israelí-palestino. Las declaraciones de Trump fueron ampliamente consideradas como apoyo de Estados Unidos a Israel y la ruptura con su antiguo papel en el frágil proceso de paz regional. Esta medida retrasó el proceso de paz y las posibilidades de construir una alianza de seguridad regional contra Irán, con escaso beneficio estratégico, exceptuando el aseguramiento de una base de operaciones (Holland, 2017). Esta decisión fue un ejemplo de que la administración Trump parece anteponer los intereses nacionales a los regionales.

Aunque Trump es considerado marcadamente realista por la mayoría de los académicos, ha implementado algunas medidas internacionalistas liberales. Un ejemplo podría ser la visita a la Ciudad del Vaticano en mayo de 2017, donde se reunió con el Papa Francisco para discutir las contribuciones de los católicos a Estados Unidos y al mundo. Trump y el Papa discutieron cuestiones de interés mutuo, incluida la forma en que las comunidades religiosas pueden combatir el sufrimiento humano en regiones en crisis como Siria o Libia. El terrorismo, la radicalización de los jóvenes y el cambio climático fueron otros temas que surgieron (McElwee, 2017). Pietro Parolin, secretario de Estado del Vaticano, alentó a Trump a permanecer en el Acuerdo de París sobre el cambio climático (Mallin, Phelps, Natanson, & Beggin, 2017), aunque tuvo poco éxito, como hemos podido comprobar. Durante ese mismo año, el presidente se reunió con algunos líderes de naciones musulmanas y recorrió algunos lugares sagrados en Jerusalén.

Por otro lado, la decisión de Trump de reunirse con el líder norcoreano Kim Jong-un creó un escenario para un encuentro sin precedentes entre dos naciones que, hacía no

mucho, se amenazaban con aniquilarse mutuamente. Las conversaciones se llevaron a cabo en 2018 y el presidente norcoreano puso el programa nuclear y de misiles de Pyongyang sobre la mesa. El hecho de que Trump aceptara la invitación es un avance notable en las negociaciones. Acercó el régimen norcoreano a su objetivo de reconocimiento internacional y ofreció a Trump la posibilidad de una importante victoria diplomática (Diamond & McKirdy, 2018). El presidente de Corea del Sur, Moon, describió la noticia como histórica y agradeció a ambos líderes que buscaran una solución diplomática a la desnuclearización de la península de Corea.

El hecho de que Estados Unidos no se haya retirado del acuerdo nuclear con Irán también puede considerarse internacionalista liberal. Como candidato a la presidencia, Trump decretó que volvería a examinar y, posiblemente, pondría fin al acuerdo firmado por Obama. Sin embargo, Trump pareció darse cuenta de los beneficios que tenían dichos acuerdos y, en enero de 2018, extendió las exenciones a las sanciones, prorrogando el pacto nuclear una vez más. Bien es cierto que también podemos hallar algunos elementos realistas detrás de esta decisión. Trump dio al resto de los Estados miembros un ultimátum declarando que había dos caminos que podían seguir: o bien arreglaban los defectos del acuerdo, o bien lo dejaban tal y como estaba, en cuyo caso Estados Unidos abandonaría (Kroenig, 2018). El presidente ahora trabajará en un acuerdo de seguimiento que consagra ciertos factores desencadenantes que el régimen iraní no podrá superar.

Una última iniciativa liberal de política exterior internacionalista liberal podría ser el acuerdo firmado por Estados Unidos y Qatar para combatir el financiamiento del terrorismo. La administración Trump entiende el terrorismo como un problema global que requiere una respuesta global. En aras de calmar las tensiones entre Qatar y otros Estados árabes, el acuerdo establecía los pasos que debía tomar cada país para interrumpir e inhabilitar los flujos de financiamiento del terrorismo e intensificar las actividades contra el terrorismo a nivel mundial. Esta iniciativa también refleja una preferencia de lo bilateral sobre lo multilateral que ha caracterizado la política exterior estadounidense durante décadas y que bien podría ocultar un planteamiento realista (Priego, 2015). Además, esta medida en particular fue controvertida porque Arabia Saudí, Baréin, Emiratos Árabes Unidos y Egipto habían impuesto sanciones a Qatar, acusándolo de financiar grupos extremistas (Finn, 2017).

5. REFLEXIONES FINALES

Previamente se ha afirmado que la política exterior de Bush se inclinó más hacia el paradigma realista, mientras que la administración Obama buscó el centro entre realismo e internacionalismo liberal, una postura que Joseph Nye califica de realismo liberal (Sánchez, 2015). En cuanto a Donald Trump, su presidencia hasta el momento ha estado caracterizada por un unilateralismo pronunciado, un rechazo a las organizaciones internacionales y una política exterior con una mirada hacia el interior, tres factores de marcado carácter realista. Por lo tanto, es de esperar que la política exterior de EE. UU. continúe en esta línea de combinar el realismo y el liberalismo; quedará por ver el grado en que los futuros presidentes se inclinen hacia una u otro bando.

Este trabajo ha analizado una realidad, la política exterior de Estados Unidos durante los últimos veinte años, desde la mira de los paradigmas clásicos de las relaciones internacionales, el realismo y el liberalismo. No obstante, esta metodología de estudio tiene una serie de limitaciones, dada la interconexión y la interdependencia global que dificultan enormemente la comprensión empírica de las relaciones internacionales. Y es que los paradigmas tradicionales no consiguen captar esta complejidad latente en la comunidad internacional y son insuficientes a la hora de explicar la política exterior de un país (Heywood, 2011). Por lo tanto, afirmar que los presidentes estadounidenses se ciñen estrictamente a uno de los paradigmas estudiados sería simplista o demasiado elemental.

Por un lado, el realismo toma al Estado como el actor principal en el escenario mundial, lo cual deja de lado el fenómeno de la globalización y la idea de un mundo entrelazado. El realismo resulta útil como marco general de explicación para entender el conflicto y los equilibrios de poder. Por otra parte, el liberalismo ha sido capaz de incorporar la globalización en su pensamiento, dado que casaba bien con las ideas de interdependencia económica y las virtudes del libre comercio. Este paradigma ayuda a analizar la cooperación entre fuerzas económicas y los instrumentos que emplean para alcanzar sus intereses comunes.

Ahora bien, los desafíos de la interconexión global desafían las teorías establecidas y, de hecho, requieren el desarrollo de una forma de pensar completamente remodelada. El surgimiento de formas complejas de interconexión complica el pensamiento en términos convencionales de causa-efecto. Las relaciones entre dos o más factores,

procesos o variables se caracterizan por la causalidad recíproca o condicionamiento mutuo. Esta interconexión desafía la base misma del razonamiento en la tradición occidental que se remonta al pensamiento de Aristóteles. Si bien un enfoque dualista implica que el mundo puede ser entendido en términos de relaciones lineales o causales, la interconexión tal vez requiera un enfoque alternativo holístico, no dualista y, por tanto, no lineal (Heywood, 2011). Dada la complejidad que ha alcanzado el panorama internacional, con 193 Estados soberanos, decenas de organizaciones internacionales de tipo gubernamental y no-gubernamental y cientos de fuerzas transnacionales, como empresas multinacionales, confesiones religiosas o grupos de presión (Barbé, 1989), es cada vez menos probable que las relaciones internacionales giren en torno a un único paradigma.

Como sabemos, las relaciones internacionales forman parte de las ciencias sociales, aquella rama de la ciencia relacionada con la sociedad y el comportamiento humano. Si bien es cierto que las ciencias sociales comparten muchas características con las ciencias exactas o naturales, el objeto de las primeras es más impreciso e implica entidades más abstractas como valores y culturas, y sus métodos no siempre incluyen mediciones o experimentación (Priest, 2015). Por ende, el procedimiento que debe seguirse ha sido tema de debate entre los partidarios de adoptar métodos desarrollados por las ciencias exactas y los partidarios de mantener el esquema del análisis tradicional, más ligado a la filosofía y a la historia. Asociado a la opción metodológica, se produce también un amplio debate epistemológico en torno a la neutralidad científica sobre cómo afrontar el conocimiento científico nos lleva a cuestionarnos sobre la teoría existente en el campo de las relaciones internacionales (Barbé, 1989).

Matthew Hoffman va un paso más allá, llegando a afirmar incluso que la relevancia de la teoría de las relaciones internacionales depende de la capacidad de los teóricos para predecir, o al menos comprender, los acontecimientos fundamentales de cualquier época. La disciplina de las relaciones internacionales ha tenido dificultades para proporcionar conceptos y marcos que faciliten la comprensión o incluso aborden el cambio discontinuo y no lineal de la realidad. No exige que esta disciplina logre predecir eventos, como los atentados del 11-S o el final de la Guerra Fría, pero sí espera de ella que ayude a describir y explicar cómo pueden surgir estos eventos y cómo afectan a la comunidad internacional (Hoffman, 2003).

Nos asalta la duda, pues, sobre si el mundo interdependiente en el que vivimos requiere que abandonemos disciplinas académicas discretas y teorías independientes. ¿Debemos pensar en nuevos paradigmas, o tal vez pensar más allá de ellos? Thomas Khun definió paradigma como la constelación completa de creencias, valores y técnicas compartidas por los miembros de una comunidad determinada. Su idea clave fue que la búsqueda de conocimiento siempre se realiza dentro de un conjunto particular de supuestos sobre el mundo real, posición que implica la conclusión constructivista de que todo el conocimiento está y solo puede enmarcarse dentro de un paradigma concreto. Tal opinión sugiere que la comprensión se avanza a través de cambios de paradigma, a medida que un paradigma establecido se rompe y se construye uno nuevo en su lugar. Según Kuhn, la riqueza de esta disciplina radica en su diversidad paradigmática, que es una constante en el estudio de las ciencias sociales (Kuhn, 1962). Otros autores apoyaron la idea de que la pluralidad otorgaba valor a la disciplina de las relaciones internacionales. Halliday señaló cómo otras ciencias sociales, como por ejemplo la Economía, habían avanzado en condiciones de pluralidad de paradigmas y consideró que la existencia de un abanico de paradigmas sólidos permitiría el avance de la disciplina (Halliday, 1994). Los paradigmas se convierten, así, en la base sobre la que se organiza el conocimiento científico en cada campo de estudio (Barbé, 1989).

Esta pluralidad de paradigmas se opone al monismo, o la idea de que se es capaz, mediante el conocimiento, de encontrar un valor predominante. Isaiah Berlin critica el monismo occidental, que sostiene que solo hay una verdadera respuesta para cada cuestión y defendió el pluralismo de la realidad. Según él, no es posible descubrir una jerarquía de valores universal a través de la razón que fundamente una elección correcta que disuelva el conflicto, porque no hay una única naturaleza humana universal ni verdades objetivas permanentes. Al mismo tiempo, Berlin critica el monismo metodológico, afirmando que las ciencias naturales no son la única vía para acercarse a la realidad. Las ciencias naturales ayudan al conocimiento, pero no se puede reducir la realidad a ellas, dado que olvidan las motivaciones, los valores y los sentimientos que nos llevan a actuar del modo en que lo hacemos (Berlin, 2005). Robert Dahl apoya este pluralismo metodológico y entiende la ciencia política más como análisis y estudio sistemático que como “investigación al modo de las ciencias naturales”. De este modo, el pluralismo metodológico permite abordar el estudio de los fenómenos internacionales en

base a su diversidad, pero teniendo en cuenta la conexión entre los mismos, dentro de un marco de referencia complejo y global (Barbé, 1989).

El valor de los paradigmas radica en que nos ayudan a dar sentido a lo que de otro modo podría ser una realidad impenetrablemente compleja. Definen lo que es importante estudiar y resaltan tendencias, patrones y procesos importantes. Sin embargo, los paradigmas también pueden convertirse en prisiones, dado que se corre el riesgo de limitar el campo de percepción que se tiene (Heywood, 2011). Por ejemplo, estudiar la presidencia de George Bush desde el paradigma realista sería negar las iniciativas liberales que emprendió y obviar las demás motivaciones que le llevaron a tomar dichas decisiones. Además, los paradigmas tienden a generar conformidad entre estudiantes y académicos, incapaces o simplemente no dispuestos a pensar más allá de los paradigmas. La disciplina de las relaciones internacionales acentúa estos inconvenientes por su naturaleza multidimensional y está agotando la capacidad de cualquier paradigma de capturarlo en su totalidad. A menudo surgen ideas nuevas que ponen en jaque las cuestiones fundamentales y las propias bases de la disciplina, ideas provenientes de debates internos, del cambio de la propia realidad internacional y del avance de otras ciencias sociales (Barbé, 1989).

Desde hace años, las distinciones entre las relaciones internacionales y la ciencia política se han vuelto más difíciles de sostener, al igual que las distinciones entre éstos y la economía, los estudios culturales, la sociología o la antropología. Del mismo modo, es muy poco probable que un único paradigma, ya sea el realismo, el liberalismo, el constructivismo o el feminismo, haga un análisis cabal de todos los elementos que debemos tener en cuenta. Estas construcciones intelectuales serán más o menos relevantes, más o menos persuasivas en función de la situación que analicemos. En el mejor de los casos, serán una fuente de percepción y de comprensión, lentes valiosas para examinar el mundo, pero debemos recordar que ninguna de ellas será capaz de explicar por completo las realidades tan complejas que son estudio de nuestra disciplina (Heywood, 2011).

6. CONCLUSIONES

- a) La política exterior de Estados Unidos ha estado condicionada por una combinación de factores geopolíticos, tradiciones históricas, intereses permanentes y fuerzas domésticas de tipo económico, político y electoral. Los intereses estratégicos o económicos no determinan en su totalidad la política exterior, ya que existen factores de índole política, ideológica y electoral que también son de suma importancia.
- b) Lo bien que cumple un presidente con su papel como líder en lo que a política exterior se refiere dependerá no solo de su experiencia y de sus conocimientos, sino también de sus características como individuo y de sus sistemas de creencias. La política exterior es fundamental para preservar los intereses de EE. UU., pero también es una materia ambigua, ya que sus presidentes han terminado asumiendo un papel principal que no necesariamente les corresponde.
- c) El aislacionismo, la desconfianza en la diplomacia y la subordinación de lo exterior a lo interior han significado la primacía de la corriente realista en la política exterior estadounidense. Aunque el realismo ha sido la corriente predominante en la práctica, el discurso político sobre política exterior y las justificaciones de sus métodos han incluido elementos propios del liberalismo.
- d) Los principales paradigmas teóricos, el realismo y el liberalismo, facilitan la comprensión de la sociedad internacional y ayudan a explicar el comportamiento de los distintos actores que la componen. Ambos comparten ciertos supuestos generales sobre cómo funciona la política internacional e identifican la competencia entre Estados como la principal característica del sistema internacional. Asimismo, debemos recordar que una misma acción puede ser considerada realista o internacionalista liberal según el enfoque desde el que sea analizada.
- e) El modelo **realista** se basa en las ideas combinadas del egoísmo humano y las implicaciones estructurales de la anarquía internacional. La dinámica clave en el sistema internacional fluye de la distribución de poder entre los Estados y hay una tendencia hacia el conflicto. Aunque dentro de esta corriente encontramos una serie de enfoques alternativos (realismo clásico, neorealismo, ofensivo/defensivo), sus supuestos centrales son compartidos.

- f) El tema central de la visión **liberal** de la política internacional es la creencia en la armonía o el equilibrio. La tendencia hacia la paz, la cooperación y la integración se debe a factores como la interdependencia económica, la promoción de la democracia y la construcción de organizaciones internacionales. Existen diversas variantes, como el idealismo, el institucionalismo o el internacionalismo liberal. Este último enfoque se caracteriza por el apoyo al libre comercio y la interdependencia económica, así como por el compromiso de construir y fortalecer organizaciones internacionales.
- g) Tras estudiar la influencia de ambos modelos en la política exterior estadounidense durante las tres últimas presidencias, podemos afirmar que el realismo ha prevalecido. George Bush se inclinó más hacia este paradigma y, aunque Obama trató de adoptar políticas internacionalistas liberales, la presidencia de Trump ha significado la vuelta al realismo y al unilateralismo. Suponemos que la política exterior de EE. UU. continuará en esta dinámica de combinar ambos paradigmas en los años venideros y éstos nos servirán de ayuda para comprender su comportamiento en el escenario internacional.
- h) Ahora bien, el aumento de los niveles de interconexión global ha traído consigo una serie de nuevos desafíos teóricos. Entre ellos se incluyen las dificultades que la complejidad plantea al pensamiento lineal convencional, el valor reducido de los paradigmas teóricos y la posibilidad de que el mundo constituya una comunidad moral única.
- i) En definitiva, los paradigmas pueden aportar información y comprensión, pero también pueden limitar nuestro campo de percepción. Debemos hacer uso de ellos como lentes para examinar el mundo, recordando que ninguno de ellos será capaz de explicar por completo las realidades tan complejas que son estudio de las relaciones internacionales. A menudo surgirán ideas nuevas, procedentes de debates internos, del cambio de la propia realidad internacional o del avance de otras ciencias sociales, que pondrán en entredicho las cuestiones fundamentales y las bases propias de la disciplina.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguinaldo, J. (2018). US Exim Bank to extend \$3bn credit to Iraq. *MEED*.
- Ayala, A. D. (2015). ¿La política exterior de un Premio Nobel de la Paz? Una recapitulación. *Cuadernos Comillas de Política Exterior*.
- Baldwin, D. (2016). *Power and International Relations: A Conceptual Approach*. Princeton University Press.
- Barbé, E. (1989). El estudio de las Relaciones Internacionales: ¿Crisis o consolidación de una disciplina? *Revista de estudios políticos*, 173-196.
- Barbé, E. (2007). *Relaciones Internacionales*. Tecnos.
- Barber, J. D. (1972). *The Presidential Character*. Routledge.
- Beinart, P. (2010). How the Financial Crisis Has Undermined U.S. Power. *Time*.
- Bellinger, J. (2019). The Trump Administration's Approach to International Law and Courts: Are We Seeing a Turn for the Worse? *Case Western Reserve Journal of International Law*, 51(1).
- Berlin, I. (2005). *Dos conceptos de libertad*. Alianza Editorial.
- Borger, J. (2017). Donald Trump threatens to 'totally destroy' North Korea in UN speech. *The Guardian*.
- Brinkley, J. (2005, noviembre 11). Violence and Refugee Numbers Grow in Sudan, U.S. Official Finds. *The New York Times*.
- Burchill, S., Linklater, A., Devetak, R., Donnelly, J., Paterson, M., Reus-Smit, C., & True, J. (2005). *Theories of International Relations*. Palgrave Macmillan.
- Burke, P. (1990). *La revolución historiográfica francesa*. Barcelona: Gedisa.
- Bush, G. (2002). Homeland Security. *Vital Speeches of the Day*.
- Campbell, B. (2014). Realist or Liberal? Theoretical Interpretations of the Obama Administration's Counterterrorism Strategy. *International Studies*, 14(2).
- Campos, C., & Prevost, G. (2015). Cuba in the Western Hemisphere: What has changed? *International Journal of Cuban Studies*.
- Carson, J. (2013). The Obama Administration's Africa Policy: The First Four Years, 2009–2013. *American Foreign Policy Interests*.
- Coll, A. (2015). La política exterior de los Estados Unidos: continuidades y tensiones que la animan. *Cuadernos Comillas de Política Exterior*, 3.
- Correa, N. (2015). Estrategia de intervención militar de Estados Unidos en Medio Oriente: dinámicas y consecuencias del uso de drones en Yemen y Pakistán entre 2009 a 2013. *Universidad del Rosario*.

- Corte Penal Internacional. (1998). Estatuto de Roma. *Conferencia Diplomática de plenipotenciarios de las Naciones Unidas sobre el establecimiento de una Corte Penal Internacional*.
- de Luce, D., Gramer, R., & Tamkin, E. (2018). Trump's Shadow Hangs Over NATO. *Foreign Policy*.
- Departamento de Seguridad Nacional. (2018). *Department Of Homeland Security Statement On The President's Fiscal Year 2019 Budget*.
- Diamond, J., & McKirdy, E. (2018). Trump accepts offer to meet Kim Jong Un . *CNN Politics*.
- Donnelly, J. (2000). Realism and International Relations. *Cambridge University Press*.
- Doyle, M. (1983). Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs. *Philosophy and Public Affairs*, 205-235.
- Dudney , D., & Ikenberry , J. (2017). Realism, Liberalism and the Iraq War. *Survival*.
- Duignan, B. (2020). *Encyclopedia Britannica*. Recuperado el marzo de 2020, de George W. Bush: <https://www.britannica.com/biography/George-W-Bush>
- Eisenhardt, K. (1989). Building theories from case study researcj. *Academy of Management Review*, 532-550.
- Febvre, L. (1952). *Combates por la historia*. París: Armand Colin.
- Finn, T. (2017). U.S., Qatar sign agreement on combating terrorism financing . *Reuters*.
- Finnegan, C., & Maclaughlin, E. (2017). ANALYSIS: How Trump's foreign policy has affected global relations since assuming office. *ABC News*.
- French, H. (09 de junio de 2002). Taboo Against Nuclear Arms Is Being Challenged in Japan. *The New York Times*.
- Friedersdorf, C. (2018). The Backlash Against Trump's Syria Strike. *The Atlantic*.
- Ganguly, S. (2004). The Start of a Beautiful Friendship? The United States and India. *Duke University Press*.
- Guerlain, P. (2014). Obama's Foreign Policy: "Smart Power," Realism and Cynicism. *Society*.
- Halliday, F. (1994). *Rethinking International Relations* . Londres: Macmillan.
- Hamilton, R. (2011). Inside Colin Powell's Decision to Declare Genocide in Darfur. *The Atlantic*.
- Heywood, A. (2011). *Global Politics*. Londres: Palgrave Foundations.

- Hoffman, M. (2003). Constructing a Complex World: The Frontiers of International Relations Theory and Foreign Policy-making. *Asian Journal of Political Science*, 38-53.
- Holland, S. (2017). In break with decades of U.S. policy, Trump to recognize Jerusalem as Israel's capital. *Reuters*.
- Holland, S., & Prentice, A. (2014). Obama warns Putin against military intervention in Ukraine. *Reuters*.
- Hook, S., & Jones, C. (2012). *Routledge Handbook of American Foreign Policy*. Routledge.
- Jentleson, B. (2013). *American Foreign Policy: The Dynamics of Choice in the 21st Century*. Nueva York: W.W. Norton & Norton.
- Jentleson, B., Exum, A., Dalton, M., & Stuster, D. (2012). *Toward a New U.S. Strategy in the Middle East*. Washington DC: Center for a New American Security.
- Jiménez, M. d. (2015). Convergencia y divergencias discursivas en la política exterior de los Estados Unidos hacia África. *Cuadernos Comillas de Política Exterior*, 104.
- Kellner, D. (2004). Preemptive Strikes and the War on Iraq: A Critique of Bush Administration Unilateralism and Militarism. *New Political Science*, 417.
- Klarevas, L. (2004). Political Realism A Culprit for the 9/11 Attacks. *Harvard International Review*, 19.
- Klein, J. (2017). Yes He Did Judging Obama's Legacy. *Foreign Affairs*.
- Kroenig, M. (2018). The Return to the Pressure Track: The Trump Administration and the Iran Nuclear Deal. *Diplomacy and Statecraft*.
- Kuhn, T. (1962). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: Chicago University Press.
- Kuperman, A. (2015). Obama's Libya Debacle: How a Well-Meaning Intervention Ended in Failure. *Foreign Affairs*, 94(2), 66-77.
- Leonard-Barton, D. (1990). A dual methodology for case studies. *Organization Science*, 248-266.
- Lieberfield, D. (2005). Theories of conflict and the Iraq War. *International Journal of Peace Studies*, 10(2).
- Lucas, S. (2016). Obama's legacy will be forever tarnished by his inaction in Syria. *The Conversation*.
- López-Levy, A. (2015). What Obama's New Cuba Policy Means for the Rest of the Americas. *Nacla*.

- Lynch, T. (2014). *Obama and the world*. Routledge.
- Mallin, A., Phelps, J., Natanson, P., & Beggin, R. (2017). President Trump talks terrorism with Pope Francis, climate change with the Vatican. *ABC News*.
- McCormick, J. (2010). *American Foreign Policy & Progress*. Wadsworth.
- McElwee, J. (2017). Francis on meeting Trump: 'There are always doors that are not shut'. *National Catholic Reporter*.
- Mead, W. R. (2018). *Special Providence: American Foreign Policy and How It Changed the World*. Routledge.
- Mearsheimer, J. (2001). *The tragedy of great power politics*. Nueva York: W.W. Norton & Norton.
- Meckler, L. (2018). Trump Administration Seeks \$18 Billion Over Decade to Expand Border Wall. *Wall Street Journal*.
- Milbank, D. (2015). From his 'Great Goals' of 2000, President's achievements mixed. *The Washington Post*.
- Montalvo, F. d. (2015). El proceso de toma de decisiones en política exterior en los Estados Unidos: una visión constitucional. *Cuadernos Comillas de Política Exterior*, 27.
- Montes, L. F. (2005). ¿Realistas vs. neoconservadores? La política exterior de los Estados Unidos en el segundo mandato de George W. Bush. *CIDOB d'Afers Internacionals*, 12-13.
- Morgenthau, H. (1948). *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*. Nueva York: Knopf.
- Morgenthau, H. (1986). *Política entre las naciones: la lucha por el poder y la paz*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Nicolson, H. (1961). Diplomacy then and now. *Foreign Affairs*.
- Obama, B. (2016). Exclusive: President Barack Obama on 'Fox News Sunday'. (F. News, Entrevistador)
- ONU. (1945). *Carta de las Naciones Unidas*. San Francisco.
- ONU. (2019). *ONUSIDA*. Recuperado el marzo de 2020, de Hoja informativa — Últimas estadísticas sobre el estado de la epidemia de sida: <https://www.unaids.org/es/resources/fact-sheet>
- Packer, G. (2008). How the economic crisis can help Obama redefine the Democrats. *New Yorker*.

- Pauselli, G. (2013). Teorías de relaciones internacionales y la explicación de la ayuda externa. *Revista Iberoamericana de Estudios de Desarrollo*, 2, 72-92.
- Peng, W. (2019). Trump's Foreign Agenda. *Beijing Review*, 30-31.
- Pereira, J. C. (2008). *Diccionario de Relaciones Internacionales y Política Exterior*. Barcelona: Ariel.
- Pino, D. d. (2009). El presidente de los EEUU, Barack Obama, ha sido galardonado con el Premio Nobel de la Paz. *Público*.
- Poch, A. (1986). Del lugar de la diplomacia. *Pensamiento jurídico y sociedad internacional*, 1003-1016.
- Prashad, V. (2016). *The Death of the Nation and the Future of the Arab Revolution*. University of California Press.
- Priego, A. (2015). La diplomacia y el Departamento de Estado. *Cuadernos Comillas de Política Exterior*, 53.
- Priest, S. (2015). ¿Qué tienen de científico las ciencias sociales? *Mètode*.
- Ramírez, E. (2011). Acuerdo Transpacífico de Asociación Económica Estratégica (TPP). Solución comercial a la tensión político-militar de la región? o ¿estrategia estadounidense para disminuir la influencia de China en Asia? *Revista Mexicana de Estudios Sobre la Cuenca del Pacífico*.
- Reuters. (2015). Obama says U.S., not China, must write trade rules.
- Rice, C. (2005). The Promise of Democratic Peace. *The Washington Post*.
- Rodríguez, P. (2016). Hillary vs. Trump, dos visiones del mundo. *Revista Española de Defensa*, 48.
- Sáenz-Francés, E. (2015). Las complicadas relaciones con la Federación Rusa. ¿El eterno retorno? *Cuadernos Comillas de Política Exterior*, 131.
- Sánchez, I. G. (2015). El papel del Departamento de Defensa. *Cuadernos Comillas de Política Exterior*, 37.
- Selby, J. (2018). The Trump presidency, climate change, and the prospect of a disorderly energy transition. *Cambridge University Press*.
- Smith, T. (1994). *America's Mission: The United States and the Worldwide Struggle for Democracy*. Princeton.
- Stephens, B. (2015). What Obama Gets Wrong. *Foreign Affairs*.
- Tobias, R. (2006). *Action Today, a foundations for Tomorrow: Second Annual Report to Congress on PEPFAR*.

- U.S. Congress. (2001, septiembre 18). *Joint resolution to authorize the use of United States Armed Forces against those responsible for the recent attacks launched against the United States.*
- Vilar, P. (1999). *Iniciación al vocabulario histórico.* Barcelona: Crítica.
- Walt, S. (2009). Was Bush a (successful) realist. *Foreign Policy.*
- Waltz, K. (1959). *El hombre, el estado y la guerra.* Buenos Aires: Nova.
- Wittkopf, E., & Jones, C. (2008). *American Foreign Policy, patterns and processes.* Thomson Wadsworth.
- Woodford, C. (2002). Global Warming, World at Risk: A Global Issues Sourcebook. *Washington DC Congressional Quarterly Press, pág. 261.*
- Yin, R. (1989). *Case study research: Design and methods.* Londres: Sage.